

rra, mientras los demas capitanes se reían: Duero dijo: "Ahora yo no sé como sea ésto; yo no lo entiendo; porque este religioso me ha dicho que Cortés y todos se le darán á vuestra merced y "prescribir ahora estos desvarios!" Terció en la conversacion Agustin Bermúdez, siguiendo por el mismo tema, y proponiendo al general que él Bermúdez, Duero y el Salvatierra fuesen de nuevo á entenderse con D. Hernando. Salvatierra no admitió la encomienda, si bien se concertó tener una entrevista para apoderarse de Cortés, trama, que como más arriba dijimos, fué comunicada por Fr. Bartolomé al general. El P. Olmedo permaneció en el real, captándose la voluntad de todos, al grado de llegar á ser diario comensal del bravo Salvatierra. (1)

Cortés con su campo se adelantó á Mictlanauhtla. Aquí se le incorporó el soldado Tovilla, mandado á Chinantla, ya para levantar gente de guerra, ya para traer lanzas con puntas de cobre fabricadas por los indios de la provincia. En efecto, llegó con hasta doscientos indios de carga; conduciendo trescientas picas con puntas de cobre templado, mucho mejores que las muestras que se les habían mandado; estaban destinadas á contener la numerosa caballería de Narvaez, á cuyo efecto el Tovilla enseñaba el manejo á los peones, adestrándoles en la manera con que habían de recibir á los jinetes. Con esto se tomaron las últimas disposiciones: hecho alarde de la gente se encontraron "ducientos seis, contados atambor é "pífano, sin el fraile, y con cinco de á caballo y dos artilleros y pocos ballesteros y ménos escopeteros." (2)

En aquel lugar se presentó Andrés de Duero, trayendo al artillero Bartolomé de Usagre y seguido de dos indios de Cuba. Si bien traía por pretexto seguir las comenzadas negociaciones y llamar al capitan Juan Velázquez de Leon de parte de su cuñado Narvaez, parece que la realidad era venir á exigir el primitivo contrato de particion celebrado en la Fernandina, cuando fué nombrado Cortés comandante de la armada. D. Hernando reconoció el compromiso, sin andarse escaso en promesas, dando á entender á su sócio, que

(1) Bernal Díaz, cap. CXVII.

(2) Bernal Díaz, cap. CXVIII. A nuestro entender debe leerse para el número de los peones, *treientos diez y seis*, cuando ménos: nos autoriza la cantidad de las partidas de que el ejército se componía, aumentado con la fuerza de Sandoval. En el capítulo ciento veinte escribe "doscientos sesenta y seis soldados."

cuando Narvaez estuviese muerto ó preso, ambos quedarían por señores de la Nueva España y se partirían el oro y los pueblos; para lograrlo se pondría de acuerdo con Agustin Bermúdez y con otros hidalgos hasta salir airoso en la empresa. Juntando obras á palabras le cargó de oro los dos indios, así para él como para repartir en el campo, entregándole ademas cartas y tejuelos de oro para muchas personas. "Estuvo el Andrés de Duero en nuestro real el dia "que llegó hasta otro dia despues de comer, que era dia de Pascua de Espiritu Santo." Despidióse de todos amigablemente: y ya á caballo fué adonde estaba Cortés: "¿Qué manda vuestra merced? Que "me quiero ir;" y respondióle: "que vaya con Dios, y mire, señor "Andrés de Duero, que haya buen concierto de lo que tenemos "platicado, si nó, en mi conciencia (que así juraba Cortés), que ántes de tres dias con todos mis compañeros seré allá en vuestro "real, y al primero que le eche lanza será á vuestra merced, si otra "cosa siento al contrario de lo que tenemos hablado." Y el Duero se rió y dijo: "No faltaré en cosa que sea contrario de servir á vuestra merced." (1) Ido Duero llamó D. Hernando á Juan Velázquez de Leon, rogándole con blandas palabras fuese á ver á Narvaez, pues deseaba hablarle, encargándole se adornase con sus cadenas de oro y principalmente de la *fanfarrona*, llamada así por su valor y mucho peso; para honrarle le dió por compañero á su propio mozo de espuelas Juan del Rio. Aceptó Velázquez llevando largas instrucciones de su jefe, "y dijeron que le envió Cortés por des-cuidar á Narvaez." (2)

Dos horas despues de la marcha de Velázquez de Leon, el alguacil mayor Gonzalo de Sandoval apellidó á los cuadrilleros ó cabos de filas, Canillas el atambor y Benito Veguer el pífano, tocaron la

(1) Bernal Díaz, cap. CXIX.

(2) Bernal Díaz, cap. CXIX.—Resid. de Cortés, Juan de Mansilla, tom. I, pág. 248.—Fijan los autores la derrota de Narvaez en la Pascua de Espiritu Santo, de donde infiere Clavigero, tom. 2, pág. 237, haberse verificado el suceso el domingo veintisiete de Mayo. Otra cosa se infiere de la relacion de Bernal Díaz. Segun lo copiado arriba. "Estuvo el Andrés de Duero en nuestro real el dia que llegó hasta otro "dia despues de comer que era dia de pascua de Espiritu Santo." La pascua comprendía los tres dias domingo, lunes y martes. Así, Duero llegó á Mictlanauhtla el sábado veintiseis de Mayo, y permaneció hasta el domingo veintisiete despues del medio dia. En la misma fecha salió Velázquez de Leon y se puso en marcha el ejército.

llamada, y el pequeño ejército se puso en marcha en dirección á Cempoalla. Mataron por el camino dos puercos de la tierra, lo cual tuvieron como señal de victoria, pernoctando al raso en un repecho cerca de un arroyo. (1)

Juan Velázquez de Leon se dirigió apresuradamente á Cempoalla á donde llegó al amanecer; luego que Narvaez lo supo, salió á su encuentro con la mayor cortesanía, le hizo sentar cabe sí, comenzando á departir acerca de los negocios que les preocupaban. Extrañó Narvaez á su cuñado, siguiera la causa de un traidor como Cortés, á lo cual contestó Velázquez, defendiendo á su capitán y todo su bando como leales servidores del rey. Propuso Velázquez un avenimiento pacífico, el cual fué rechazado por Narvaez; éste á su turno propuso á su cuñado pasarse á su campo, ofreciéndole por ello ventajas y galardones, lo cual rechazó á su turno Velázquez, indignado de ser desertor de su bandera. Al terminar la conversacion no sólo no habían llegado á convenio, sino que los ánimos estaban á más no poder agriados, y tanto, que Narvaez dispuso prender á su deudo; hecho público el deseo, acudieron Andrés de Duero, Bermúdez, Fr. Bartolomé de Olmedo, los clérigos Ruiz de Guevara y Juan de Leon, con otros hidalgos, disuadiéndole de dar un paso desacertado bajo muchos conceptos. Velázquez de Leon, fuera de su parentesco con Narvaez, era deudo inmediato del gobernador D. Diego Velázquez, emparentado con muchos de los principales oficiales de la armada, y como era apuesto, comedido, de presencia agradable y varonil, gozaba de gran reputacion é influencia entre los soldados. Por consejo de los buenos hidalgos, para procurar siempre un arreglo, Narvaez convidó á comer á su cuñado; más valiera no hubiera sido. Durante la mesa, se entabló plática de Cortés, y el animoso joven Diego Velázquez, sobrino del gobernador del mismo nombre, pronunció palabras descomedidas; le atajó el Juan con palabras agresivas, defendiendo á su general, siguiéndose una reyerta, pusieron ambos mano á la espada y acuchilláranse, si no se pusieran por medio los hidalgos presentes. Narvaez dió orden de salir inmediatamente del campamento, á Velázquez de Leon, al P. Olmedo y á Juan del Rio; tomadas prontamente las cabalgaduras, los

(1) Bernal Díaz, cap. CXIX.

tres viajeros se dieron á caminar con velocidad, temiendo ser alcanzados por la caballería de los contrarios. (1).

Cortés se puso en marcha al amanecer del lunes veintiocho de Mayo, atravesó con los suyos la parte de la costa, y como hacía gran calor á horas del medio día, se pusieron á sestear orilla del rio de Canoas, hoy de la Antigua. Uno de los corredores del campo, vino á dar aviso de ciertos hombres que á caballo venían; en efecto, presentáronse á poco los tres despedidos de Cempoalla, quienes fueron recibidos con grande alegría, siguiéndose sabrosas pláticas. Velázquez de Leon traía dos cartas, la una de Narvaez, la otra de Andrés de Duero; para darles lectura, Cortés hizo reunir el cabildo de la Villa Rica, representado allí por el alcalde Rodrigo Rangel, el alguacil mayor Gonzalo de Sandoval, los regidores Juan Rodríguez de Villafuerte y Cristóbal de Olid, con Alonso de Ávila, alcalde mayor y capitán de la guardia del general. Narvaez escribía las exigencias y amenazas de siempre; Duero indicaba al general se cuidase, pues sus soldados le llevaban á la carnicería. (2) Siguiose la plática, en que Velázquez relató punto por punto sus aventuras en Cempoalla; Fr. Bartolomé, "como era muy regocijado y sabialo muy bien representar," excitó la risa de sus oyentes contando cuanto había hecho para atraerse el afecto de Narvaez y de Salvatierra, hasta el grado de haber alcanzado, que delante de Velázquez se hiciese alarde de la gente, consiguiendo engañarles á su antojo. Cortés debió recibir en secreto noticias de mayor sustancia, pues á poco de terminada la conversacion, se dió orden de marcha; movióse el ejército y fué á acampar orillas de un rio cerca de Cempoalla; (3) es decir, el rio Chachalacas, cerca de una puente entonces ahí construida.

Los cempoalteca, por mandado de su cacique y de los blancos, espiaban los movimientos de los de Cortés; al verles dirigirse al rio, ellos corrieron á Cempoalla, dando aviso que los teules se acercaban: el cacique gordo dijo á Narvaez: "¿Qué haceis que estais muy descuidado? ¿Pensais que Malinche y los teules que trae consigo que son así como vosotros? Pues yo os digo que cuando no os catá-

(1) Bernal Daz, cap. CXX.

(2) Resid. de Cortés; Juan Tirado, tom. 2, pág. 9.

(3) Bernal Díaz, cap. CXX.

redes será aquí y os matará." Aunque burlando de las palabras del aviso, Narvaez se apercibió al combate, pregonando la guerra á fuego y sangre y á toda ropa franca. Movido el ejército fuera del pueblo, paró á cerca de un cuarto de legua de distancia, escogiendo campo por el cual fueron distribuidos y colocados peones, ballesteros y escopeteros, los tiros y la caballería. Llovía copiosamente, peones y jinetes firmes en sus puestos, sobre un suelo anegado y resbaladizo, vieron pasar las horas sin que se presentase el enemigo; entrada la noche y no habiendo noticia alguna, se ordenó la retirada, cuando capitanes y soldados estaban calados por el agua, trancidos de frio y quebrantados por el cansancio. Vuelto Narvaez á Cempoalla, tomó sus disposiciones para pasar la noche; veinte de caballo en el patio de su aposento; escopeteros y ballesteros en la parte superior del teocalli, para su custodia y de las personas de Salvatierra, Gamarra y Juan Bono; los cañones quedaron asestados delante de los cuarteles. Risas y donaires siguieron á lo que llamaron falsa alarma; discurrían los bravosos que Cortés no se atrevería á llegar al pueblo con tan poca gente; dióse público pregon ofreciendo dos mil pesos á quien matase á Cortés y á Sandoval, y tomada esta precaucion, que pareció eficaz, general y ejército se entregaron confiadamente al descanso. La palabra secreta fué Santa María. (1)

Los partidarios de Cortés permanecían junto al rio, calados tambien por el agua; mas eran todos veteranos acostumbrados á la fatiga y la intemperie. Al caer la tarde del lunes veintiocho, D. Hernando montó á caballo, llamó á la hueste, le impuso silencio, "y luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo y plática, tan bien dichas ciertas otras palabras más sabrosas y llenas de ofertas, "que yo aquí no sabré escribir." (2) Recordóles sus servicios durante las tres expediciones de descubrimiento; las muchas batallas en que habían combatido, con los riesgos y peligros á que se habían expuesto; cuántos sacrificios y guerras habían gastado para sojuzgar la tierra; y ahora de improviso, un intruso, sin provisiones reales, sin derechos legítimos, se presenta á quitarles cuanto habían ganado, perdiendo muchos tal vez hasta la vida, segun era el encono del

(1) Bernal Díaz, cap. CXXI.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXII.

caudillo. "Yo soy uno, continuó, é no puedo hacer por más que uno: partidos me han movido que á sola mi persona estaban bien; é porque á vosotros os estaban mal no los he aceptado: ya veis lo que dicen, y pues en cada uno de vos está esta cosa, segund lo que en sí sintiese de voluntad de pelear ó querer paz, aquello diga cada cual, é no se le estorbará que haga lo que quisiere. Veis, aquí me han dicho en secreto estos nuestros mensajeros, cómo en el real de los contrarios se platica y tiene por cierto que vosotros me llevais engañado á me poner en sus manos: por ende cada uno diga lo que le parece." Todos ó los más, le satisficieron á lo de llevarle engañado, é en lo demas le rogamos afectuosamente que él dijese su parecer; é muy importunado de todos para que primero lo dijese, dijo como enojado: "Digoos un refran, que se dice en Castilla, que es, muera el asno ó quien le aguija; y este es mi parecer, porque veo que hacer otra cosa, á todos é á mí será grande afrenta; é no porque hagamos lo que ellos quisieren, aseguramos todos las vidas, ántes algunas correrán riesgo; pero sobre mi parecer ved el vuestro, é cada cual tiene razon de decir su parecer." E luego todos unánimemente alzamos una voz de alegría, diciendo: "Viva tal capitan que tan buen parecer tiene:" é así lo tomamos en los hombros muchos de nosotros, fasta que nos rogó le dejásemos." (1)

Cerrada la noche, llegó al campo un soldado llamado el Galleguillo, "que se vino huyendo aquella noche del real de Narvaez, ó le envió el Andrés de Duero," (2) el cual informó de cuanto en Cempoalla había pasado y disposiciones adoptadas para la defensa de los cuarteles. D. Hernando distribuyó rondas y escuchas, dejando á la tropa se entregara al sueño. Ni una palabra había soltado acerca de sus planes; cosa ninguna reveló de sus inteligencias en la plaza enemiga: conténtose con ganar el ánimo de la hueste, haciéndola sabedora de la necesidad en que estaba de combatir, fiando el resultado en sólo su valor, sin tener en cuenta los auxilios extraños que llegada la ocasion podrian faltarle. Siempre se mostró el caudillo reservado, precavido y astuto.

(1) Relacion de Andrés de Tapia, pág. 588.- 89.—Resid. de Cortés; Juan de Mansilla, tom. 1. pág. 249. Juan Tirado, tom. 2, pág. 10, Andrés de Monjaraz, tom. 2; pág. 50. Gerónimo de Aguilar, tom. 2, pág. 186.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXI.

Muy adelantada la noche, Cortés hizo poner en pié á la gente sin tocar atambor, y dirigiéndose á la multitud la dijo: "Señores, ya sabéis que es muy ordinario en la gente de guerra, decir, "al alba dar en sus enemigos;" é si hemos sido sentidos, á esta hora nos esperan nuestros contrarios; é si no nos han sentido, pues no podemos dormir, mejor será gastar el tiempo peleando é holgar lo que nos quedase desde que háyamos vencido, que gastallo con la pasión que el frio nos dá:" é así nos levantamos é nos hizo otra plática, diciendo que áun tiniemos tiempo de acordar si sería mejor pelear ó no; é respondiéndole que queríamos morir ó vencer, caminó." (1)

En aquel punto fueron tomadas las disposiciones para el asalto. El jóven capitán Pizarro, con sesenta soldados mancebos, se apoderaría de la artillería, y logrado, irían sobre el teocalli en que Narvaez se aposentaba. El alguacil mayor, Gonzalo de Sandoval, con ochenta peones escogidos debía apoderarse de Narvaez, á cuyo efecto había recibido un mandamiento escrito, concebido poco más ó ménos en estos términos: "Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor de esta Nueva España, por S. M., yo os mando que prendais el cuerpo de Pánfilo de Narvaez, é si se os defendiese, matadle, que así conviene al servicio de Dios y de S. M." (2) Juan Velázquez de Leon con sesenta hombres, combatiría el cuartel de Diego Velázquez, con quien aquel día había tenido la brega. Cortés, al frente del resto de la fuerza acudiría á donde fuera menester; así se preparaban cuatro ataques simultáneos, sostenidos por la reserva, debiendo concentrarse el mayor empuje sobre la posada de Narvaez. Se recomendó guardar el mayor silencio, la más estricta disciplina, y no separarse por ningun motivo de las filas: palabra para apellidarse: Espíritu Santo. Pregonóse en alta voz, que quien primero pusiera la mano en Narvaez, recibiría tres mil pesos de premio, dos mil el segundo y mil el tercero. Iban á ponerse en marcha los tercios, cuando corrió la voz de haber desaparecido el Galleguillo; todos se dieron á pensar que era espía del enemigo, sobresaltándose, porque de esta manera estaban descubiertos sus planes; pero bien

(1) Relacion de Andrés de Tapia, pág. 589.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXII. Relac. de Andrés de Tapia, pág. 589. Resid. de Cortés; Andrés de Monjaraz, tom. 2, pág. 50.

presto desapareció la alarma, pues le hallaron dormido debajo de unos arbustos. (1)

La hueste se puso en marcha á la sordina: llovía áun y la oscuridad era profunda. Los cuarenta jinetes encargados de defender el camino, al mando de Andrés de Duero y de Agustín Bermúdez, no fueron encontrados en su puesto. Sobre el vado del río sorprendieron á dos escuchas: Alonso Hurtado huyó á su campo gritando: "al arma, al arma, que viene Cortés:" Gonzalo Carrasco fué hecho prisionero, y si bien quiso amedrentar al general, diciéndole no pasase adelante porque el ejército de Narvaez estaba prevenido para resistirle; amenazado de ser ahorcado de una lanza tomada por dos jinetes, confesó la disposicion en que estaba el campamento: Cortés entregó el preso á la guarda de su secretario, Pedro Hernández (2) "E su compañero que se huyó dió mandado en su real; é allá se creyeron que íbamos allí á nos poner para gastar lo que de la noche quedaba, para el alba dar en ellos; é así tornaron é mandar que reposase la gente, é al alba saliesen al campo; é con todo el capitán y ciertos gentiles hombres se armaron é estaban despiertos é hablando en nuestra ida é teniéndonos por locos." (3)

Poco ántes del pueblo, dejaron en una quebrada los caballos y el poco fardaje, al cuidado de Marina y del paje Juan de Ortega. Puestos de rodillas hicieron oracion, abrazáronse unos á otros pidiéndose perdon de los agravios que hubieren cometido, como quien se prepara á morir; "y Fr. Bartolomé de Olmedo, sin que nadie se levantase, les hizo decir la confesion general, pedir á Dios perdon, prometer la enmienda de la vida, hizo la forma de la absolucion." (4)

Puestos en pié, devorando la distancia á paso redoblado, penetraron en Cempoalla al cuarto de la modorra, precedidos por el atambor sonando la carga. Los centinelas avanzados huyeron gritando: "Arma, arma;" los tercios se precipitaron á cumplir cada cual su consigna. Pizarro con los mancebos arremetió á la batería; para defender los tiros del agua ó por otra causa, los oídos estaban tapados con cera y pocos artilleros asistían en sus puestos; cuatro

(1) Bernal Díaz, cap. CXXII.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXII.—Resid. de Cortés; Juan Tirado, tom. 2, pág. 11.

(3) Relac. de Andrés de Tapia, pág. 589.

(4) Herrera, dec. 11, lib. X, cap. II y IV. Resid. Juan Tirado, tom. 2, pág. 11.